

SANDRA PARENTE

LAS MÁSCARAS DE JULIA



novela histórica

DESPERTA FERRO



EDICIONES

LAS MÁSCARAS DE **JULIA**

DESPERTA FERDO



EDICIONES

LAS MÁSCARAS DE JULIA

SANDRA PARENTE



Las máscaras de Julia
Sandra Parente

© de esta edición:
Las máscaras de Julia
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-129847-0-5
D.L.: M-18264-2025

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Cartografía: Desperta Ferro Ediciones / Juan Valverde
Coordinación editorial: Óscar González Camaño

Guardas: Fresco de la villa de Agripa Póstumo en Boscotrecase. Detalle del fresco: un par de esbeltas columnas sostienen un frontón ornamentado; sobre cada columna, un retrato enmarcado en un medallón; el retrato de la izquierda es probablemente Julia, hija de Augusto; el de la derecha, Livia; última década del siglo I a. C. Nueva York, Museo Metropolitano de Arte.

Primera edición: octubre 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2025 Desperta Ferro Ediciones.

Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

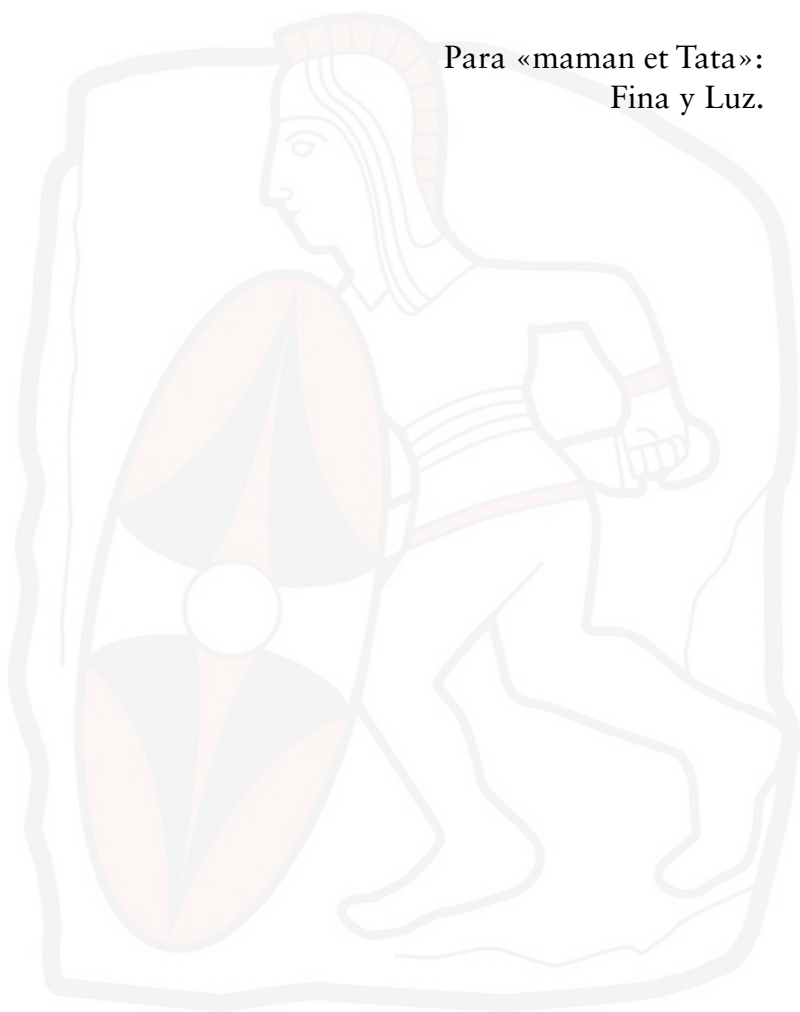
Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Este es un libro
sobre dos mujeres para
las dos mujeres más
importantes de mi vida.

Para «maman et Tata»:
Fina y Luz.

DESPERTA FERRO



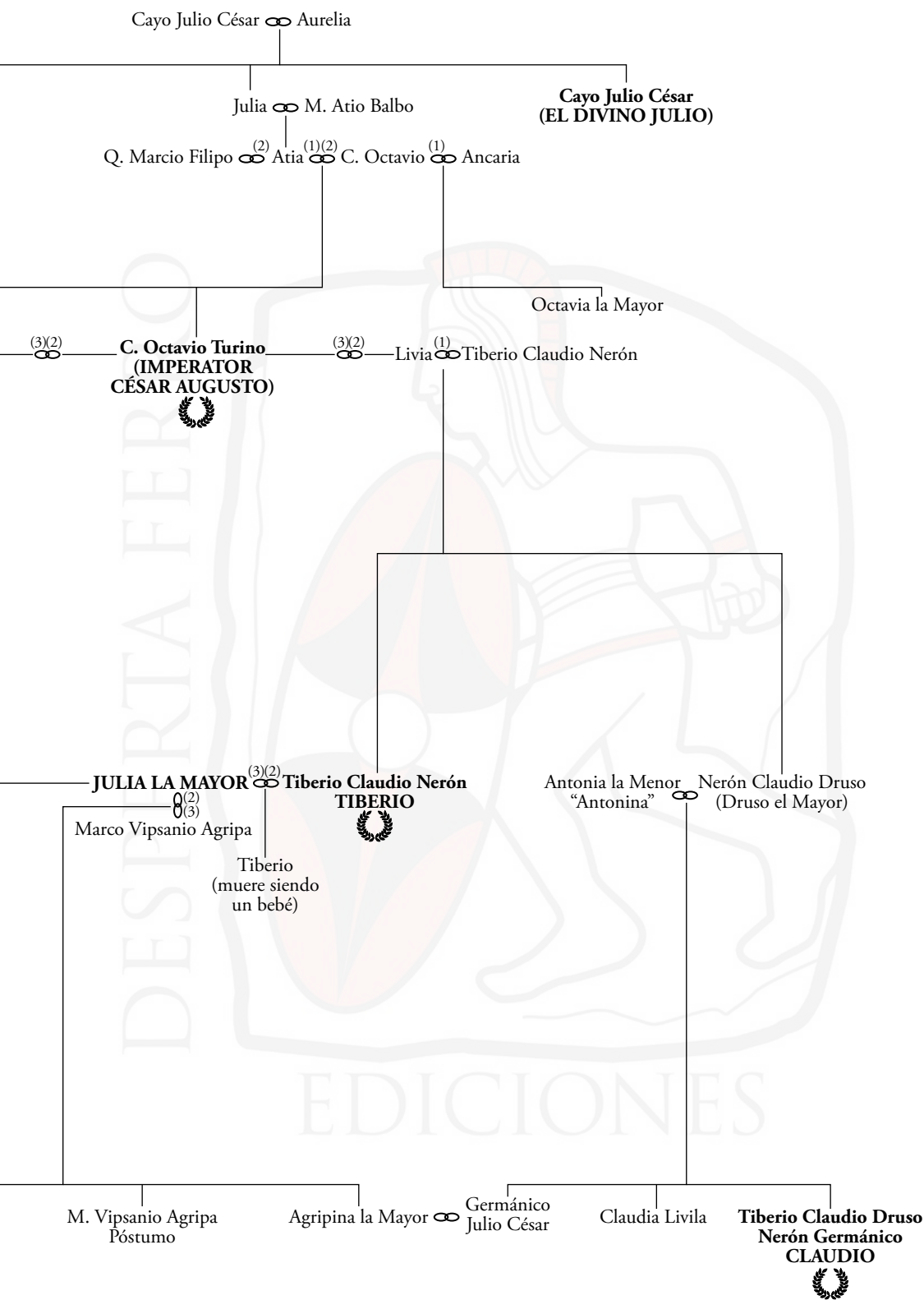
EDICIONES

índice

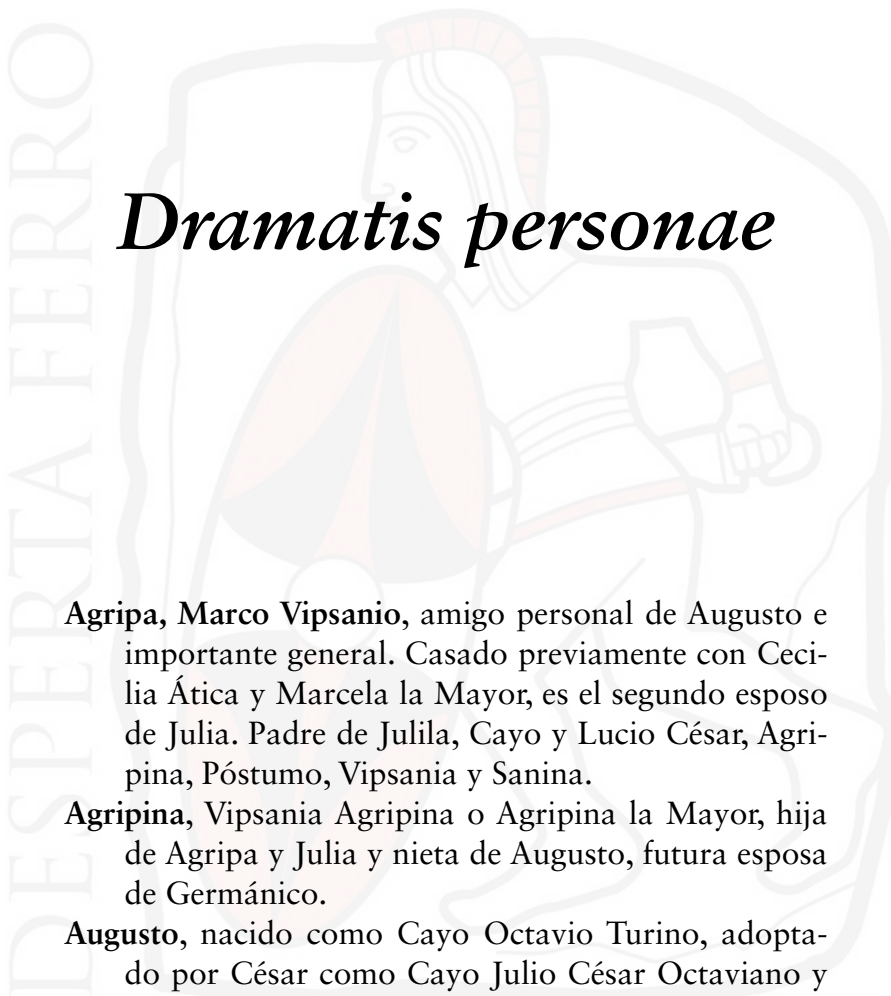
Árbol genealógico	8
Mapa de Italia	10
<i>Dramatis personae</i>	11
Prólogo	17
I	21
II	79
III	156
IV	216
V	261
VI	309
VII	355
VIII	411
IX	472
Epílogo	525
Agradecimientos	535
Posfacio: <i>Familia, trabajo y virtud: entre Julias anda el juego</i> , por Patricia González Gutiérrez	537

los Julio-Claudios









Dramatis personae

Agripa, Marco Vipsanio, amigo personal de Augusto e importante general. Casado previamente con Cecilia Ática y Marcela la Mayor, es el segundo esposo de Julia. Padre de Julila, Cayo y Lucio César, Agripina, Póstumo, Vipsania y Sanina.

Agripina, Vipsania Agripina o Agripina la Mayor, hija de Agripa y Julia y nieta de Augusto, futura esposa de Germánico.

Augusto, nacido como Cayo Octavio Turino, adoptado por César como Cayo Julio César Octaviano y «convertido» después en el Imperator César Augusto, Hijo del Divino César, es el *princeps* en una República «restaurada». Con Escribonia tuvo a su única hija Julia. Su tercera esposa es Livia. Su hija, hijastros, sobrinos y nietos son peones en su juego político.

Cayo César, hijo de Julia y Agripa, adoptado por su abuelo Augusto cuando tenía tres años junto a su hermano Lucio César. Es hermano también de Julila, Agripina y Póstumo y medio Hermano de Vipsania y Sanina.

Cota Máximo, Marco Aurelio, amigo íntimo de Ovidio.

Crispino Sulpiciano, Tito Quincio, amigo de Julia y miembro de su círculo literario.

Dafné, esclava de la familia imperial.

Druso el Mayor, hijo de Livia y hermano de Tiberio, casado con Antonina, hija de Octavia la Menor y Marco Antonio. Es el padre, entre otros, de Germánico.

Druso el Menor, también conocido como Cástor, es hijo de Tiberio y de Vipsania. Hijastro de Julia.

Epicado, Cayo Asinio, hijo del liberto Cayo Asinio Lisos. Su patrono es Cayo Asinio Galo, esposo de Vipsania, que lo recomienda a Julila para que investigue sobre su madre Julia.

Escipión, Publio Cornelio, hijo de Escribonia, es miembro del mismo círculo literario que su medio hermana Julia.

Escribonia, casada en terceras nupcias con Octaviano, con quien tiene a Julia. De su segundo matrimonio tuvo a Cornelia (madre de Lucio Emilio Paulo) y Publio Cornelio Escipión. Es abuela, entre otros, de Julila, Cayo y Lucio César, Agripina, Póstumo y Lucio Emilio Paulo.

Febe, esclava, después liberta y sobre todo amiga y confidente de Julia.

Filtates, antigua esclava de la familia imperial, amiga de Febe.

Graco, Tiberio Sempronio, amigo de Julia, Julio Antonio y Ovidio, forma parte del mismo círculo literario que ellos.

Julia o Julia la Mayor, hija de Augusto y Escribonia. Hijastra de Livia. Madre de Cayo y Lucio César, Julila, Agripina y Póstumo. Madrastra de Vipsania, Sanina y Druso el Menor. Medio hermana de Cornelia y de Escipión.

Julila, Julia la Menor o Vipsania Julia Agripina, hija de Agripa y de Julia. Nieta de Augusto. Hermana de Cayo y Lucio César, Agripina y Póstumo. Medio Hermana de Vipsania y Sanina.

Julo Antonio, hijo de Marco Antonio y Fulvia. Hermano de Antilo. Es acogido por Octavia la Menor que lo cría y educa. Con alma de poeta, es miembro del mismo círculo literario al que pertenece Julia.

Latona, esclava de Augusto y luego de Julia. Fue el ama de cría de Julia que la cuidó durante su infancia. Se encargo de cuidar también a los hijos e hijos políticos de Julia.

Livia, tercera esposa de Augusto. Madre de Tiberio y de Druso el Mayor. Madrastra de Julia. Es la abuela política de Julila, Cayo y Lucio César, Agripina y Póstumo.

Lucio César, hijo de Julia y Agripa, nieto de Augusto, adoptado por éste cuando nació junto a su hermano Cayo César. Es el hermano también de Julila, Agripina y Póstumo. Medio Hermano de Vipsania y Sanina.

Marcela o Marcela la Mayor, hija de Octavia la Menor y de Marco Claudio Marcelo. Sobrina de Augusto. Es hermana de Marcelo y Marcelina. Prima y luego cuñada de Julia. Su primer esposo es Agripa con el que tiene a Sanina, después se casa con Julo Antonio. Medio hermana de Antonia y Antonina.

Marcelina o Marcela la Menor, hija de Octavia la Menor y de Marco Claudio Marcelo. Sobrina de Augusto.

Es hermana de Marcelo y Marcela. Prima, amiga y luego cuñada de Julia. Su segundo esposo, Paulo Emilio Lépidio, es también el padre de Lucio Emilio Paulo, el marido de Julila.

Marcelo, Marco Claudio. Hijo de Octavia la menor y de Marco Claudio Marcelo. Sobrino de Augusto. Es hermano de Marcela y Marcelina. Primer esposo de Julia.

Marcia, prostituta que trabaja en las termas de Agripa.

Mecenas, Cayo Cilnio, amigo personal y consejero de Augusto, patrón de poetas.

Novato, Junio, líder de un grupo de hombres que trabajan en la calle para Lucio Emilio Paulo.

Octavia u Octavia la Menor, hermana de Augusto. De su primer esposo tiene a Marcelo, Marcela y Marcelina; del segundo, Marco Antonio, a Antonia y Antonina, y después acogerá y educará a su hijo Julio Antonio. Tía y luego suegra de Julia.

Ovidio, Publio Ovidio Nasón, reputado poeta, amigo de Cota Máximo así como de Julia y luego de su hija Julila. Pertenece al mismo círculo literario que Julia.

Paulo, Lucio Emilio, esposo de Julila. Hijo de Cornelia (media hermana de Julia) y nieto de Escribonia.

Póstumo, Marco Vipsanio Agripa, luego Agripa Julio César. Hijo de Julia y Agripa, nieto de Augusto, adoptado por este junto a Tiberio. Es el hermano también de Cayo y Lucio César, Julila y Agripina. Medio Hermano de Vipsania y Sanina.

Pulcro, Apio Claudio, amigo de Julia y miembro de su círculo literario.

Rufo, Marco Plaucio, trabaja para Lucio Emilio Paulo.

Sanina, diminutivo de Vipsania Agripina. Hija de Agripa y Marcela la Mayor. Casada con Publio Quin-

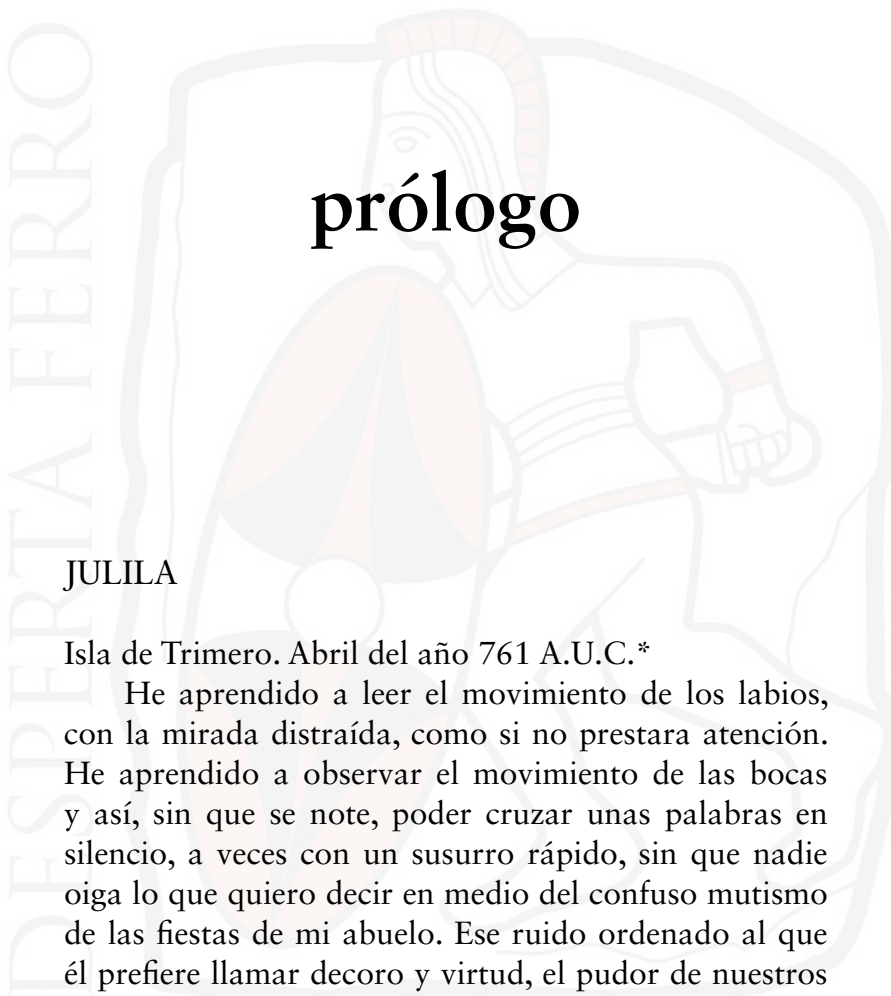
tilio Varo. Tras el divorcio de sus padres fue a vivir con su padre y su madrastra Julia. Medio hermana de Cayo y Lucio César, Julila, Agripina y Póstumo.

Sempronio Graco, Tiberio, amigo de Julia y miembro de su círculo literario.

Silano, Décimo Junio, amigo de infancia de Julila... y algo más.

Venusta, esclava de Tito Estatilio Tauro.

Vipsania o Vipsania Agripina, hija de Agripa y Cecilia Ática, medio hermana de Julila, Cayo y Lucio César, Agripina, Póstumo y Sanina. Primera esposa de Tiberio con quien tiene a Druso el Mayor. Casada en segundas nupcias con Cayo Asinio Galo.



prólogo

JULILA

Isla de Trimerio. Abril del año 761 A.U.C.*

He aprendido a leer el movimiento de los labios, con la mirada distraída, como si no prestara atención. He aprendido a observar el movimiento de las bocas y así, sin que se note, poder cruzar unas palabras en silencio, a veces con un susurro rápido, sin que nadie oiga lo que quiero decir en medio del confuso mutismo de las fiestas de mi abuelo. Ese ruido ordenado al que él prefiere llamar decoro y virtud, el pudor de nuestros antepasados.

«Familia, trabajo y virtud».

Yo soy Julila, nieta del hombre más poderoso del orbe, el reverenciado Augusto, hija de Julia, su primo-

* 8 d. C.

génita, su única descendiente. Muchos, salvo mis allegados u honrosas excepciones, pensarán ahora que, a pesar de mi férrea educación, soy una mujer malcriada sin más intereses en la vida que temas venales, carnales y superficiales. Muchos pensarán que soy despreocupada, displicente y superficial. Muchos, en definitiva, dirán de mí que me parezco a mi madre.

A veces me oyen cuando están detrás de una puerta. Da igual la madera, el nogal o el roble, el lujo o la sencillez: el sonido atraviesa el umbral hasta llegar a sus oídos. No están ahí demasiado tiempo. No quieren que se les vea. Siempre hay alguien escuchando, observando, delatando. También yo lo hago, a mi manera.

La verdad es que los oigo a todos: a mi hermana Agripina, a mis primos, a Livia, a mi abuelo, incluso a los esclavos. Cuando dejo que la puerta se abra y me muestro, a menudo tienen ese gesto tan característico de la gente cuando les sorprendes hablando de ti a tus espaldas: incómodos, cambian de tema como si con aquello, en realidad, no se notara. El silencio, embarazoso, suele ser la mejor respuesta a la difamación, a la calumnia, tan en boga en estos tiempos. Suelo deleitarme con estas situaciones. Decía Cicerón, hombre virtuoso que acabó enemistado con mi abuelo, que nada corre tanto como la calumnia: no hay nada más fácil de lanzar, más fácil de aceptar y más rápido en extenderse. No debería citar a Cicerón, podría desviarme del recto camino.

Y es que yo, Julila, nieta de Augusto, debo ser un modelo de virtud. Capaz de sonreír, de saludar, de ser amable, aunque no lo desee, me asfixie por dentro o a veces dude o tema. He de mantenerme silenciosa y escuchar, servicial, a quienes no saben hacerlo. Debo ser sosegada y sufrida, hermosa pero no provocadora, sumisa y humilde, casta pero fértil, honrada pero neutra;

en una palabra, abstracta. Debo desfigurarme y eclipsarme para redibujar mis contornos como una estatua de Dafne a punto de ser convertida en laurel: perfecta, ajena a lo que le sucederá tras el deseo de Apolo. He de proscribir mis anhelos a sabiendas de que tras la madera siempre habrá una persona escuchando.

Puerta tras puerta.

Todo esto empieza, o debería decir que acaba, en esta jornada fría y lluviosa. La tímida luz de la lámpara de aceite se agita delineando una nueva realidad tras la penumbra. El tiempo pasa para nosotros y nos impregna con su sombra. Antes de estar aquí, bebía del pasado y me ahogaba en el presente. Pasado, presente y futuro se entremezclaban en una ilusión que destilaba gotas de agua fluyendo por una clepsidra sin que las viera caer. Ahora me detengo en el serpenteo de una llama, en las ondulaciones de una gota de lluvia sobre el mar, en el devaneo de las olas en su ir y venir mientras recuerdo.

Recuerdos. ¿Al final todo se resume a eso? Lo que yo soy, lo que fueron mi madre, mis hermanos, Julio Antonio, Décimo y tantos otros. Incluso el abuelo, ese hombre en clave de futuro dios que muchos conocen como Augusto, otros tantos como César. Mi abuelo. Quizás, en verdad, él sea más consciente que nadie sobre la trascendencia de la memoria: tal vez él y Livia sean capaces de esculpirla como el mejor artista griego preparado para moldear una figura de perfectas proporciones para este juego que es Roma: un juego de ladrones.

Un día, cuando era niña, Livia se sentó a mi lado y me explicó sus reglas: veinte fichas frente a otras tantas, desplegadas sobre el tablero cuadriculado como ejércitos en una guerra sin tregua ni testigos. Cada movimiento era una decisión irrevocable: unas fichas quedaban

inmovilizadas, capturadas, resignadas al olvido. Y luego estaban aquellas que, al ser devoradas por el rival, desaparecían sin despedida, como si nunca hubieran ocupado su lugar en el tablero.

—Las mejores jugadas no son las que desafían abiertamente, sino las que emergen del aire, las que nadie ve venir hasta que es demasiado tarde —me dijo entonces.

Demasiado tarde...

Al nacer, descubrimos la luz del mundo. Lo empezamos a descifrar con nuestras primeras suposiciones. Lo paladeamos vislumbrando la frágil telaraña de las relaciones sociales y políticas, los desengaños, las obligaciones y las sorpresas, los colores, las texturas y los sabores. Aprendemos a amar, a soñar. Fantaseamos con cambiar ese mundo. Y entonces, como cuando acaba una obra de teatro, las máscaras se caen y somos lo que recordamos. Recuerdos.

Aún recuerdo el día en el que todo cambió. Fue como el lanzamiento de una jabalina: una herida insospechada, un golpe certero desgarrando las entrañas. Como una pieza en el juego de ladrones, que avanza con determinación, solo para descubrir, demasiado tarde, que el juego ha empezado y que no hay vuelta atrás.

I

Roma, casa de Augusto en el Palatino. En el cuarto día antes de las calendas de octubre de DCCLII A.U.C.*

Porque las cosas sucedieron tal como las vamos a narrar; tal vez sí, tal vez no, pero nadie podría decir que no fueran así. Porque la memoria es una bruma caprichosa, un juego de luces y sombras donde la verdad y la imaginación se entrelazan sin pedir permiso. Lo que importa no es la certeza absoluta, sino el modo en que el tiempo va moldeando los recuerdos hasta convertirlos en historias, o quizás sea Historia.

Faltaban cuatro días para las calendas de octubre. Julila tenía diecisiete años y poseía, esa belleza caduca que otorga la inocencia; una belleza con piel de marfil que lustraban unos grandes ojos azules. Aquellos ojos, tan claros y transparentes, llevaban a algunos a decir que por momentos se distinguía su alma a través de ellos.

Julila caminaba por los pasillos de la casa de Augusto en el Palatino; con paso veloz, quizá, pero liviano. Si algo había potenciado en ella su estricta educación era su gracia natural. A ella siempre le habían gustado sus pies, pequeños sí, pero no demasiado –apropiados diría ella, finos y elegantes–, semejantes a los de la estatua de Venus Genetrix que un día había observado con atención en el templo de esta diosa. No por nada, había pensado entonces, Venus era la antepasada de su familia, decían. Eso, en su caso, parecía manifestarse en

* 28 de septiembre de 2 a. C.

sus pies –o al menos así lo creyó–, aunque a menudo le dolieran sin haber dado un solo paso, solo por mera preocupación. Tenía pies ligeros, en definitiva, gráciles y elegantes, sí, pero a la vez silenciosos. Si hubiera una forma de describir el sonido de las sombras caminando por los pasillos de la casa de Augusto, ese sería el modo de representar el paso de Julila: presta y veloz, grácil y silenciosa, también ensimismada.

Faltaban cuatro días para las calendas de octubre y aquella era una jornada lluviosa, como si el cielo enlutado lamentara lo sucedido.

La mañana había transcurrido anodina para la joven matrona que llevaba ya dos años de matrimonio a sus espaldas. Fue despertada, lavada, vestida, peinada, maquillada. Abrazó a la pequeña Emilia, que apenas contaba con un año de vida, y supervisó que su legión de esclavos particular consiguiera una limpieza y un orden en su casa que pudiera satisfacerla; lo cual, conviene aclarar, no era una tarea simple. Había tomado, a continuación, un ligero desayuno, masticando con calma una rebanada de pan untada con miel y queso. Y, de repente, cuando se disponía a repasar como siempre el orden y la limpieza de su hogar, la llegada de Telefo, que anunciaba que su ama Livia deseaba verla con urgencia, interrumpió el fresco de pulcritud que tanto le complacía y que caracterizaba aquel momento de la mañana para Julila. Fue con cierta angustia, por tanto, que subió al palanquín que solía utilizar para sus desplazamientos dentro de Roma; y con aquel disgusto que le generaba cierta picazón en la parte interna de la piel de su muñeca, recorrió las escasas calles que separaban su casa de la de su abuelo.

Sus pequeños pies encadenaron un movimiento silencioso para atravesar aquella casa. Aquella *domus*

que había sabido mantenerse sobria a pesar de todo el poder que concentraba, estaba envuelta en un curioso y llamativo mutismo, ajena a la habitual cacofonía de gritos y percusiones variadas, provocadas por las obras que se estaban realizando tras el incendio del año anterior y que solía mezclarse con el murmullo del gentío que pretendía ser recibido por el primero de los romanos, el Imperator César Augusto, Hijo del Divino Julio.

Los pasos de Julila se sucedieron hasta llegar frente a una puerta de nogal. Inconscientemente, la joven se detuvo a escuchar lo que ocurría del otro lado de aquella madera, aunque solo pudo percibir el anuncio de un esclavo a su ama notificando su presencia.

—Abuela —saludó al traspasar la puerta. Agachó con sutileza la cabeza en una leve reverencia.

«Es una falta de respeto hacia vuestra verdadera abuela. ¿Quién se ha creído?», la voz de su madre, con mal disimulada molestia, volvía a la mente de Julila. Recordaba escucharla decir aquello cuando aún era una niña que observaba su rostro y mentón agrandado por la perspectiva en contrapicado. Pero los años habían pasado, la frase se había repetido, Julila había crecido y escuchado a su madre, ahora un poco más baja que ella, decirle: «La abuela Escribonia es la sangre de vuestra sangre. No ella. No me gusta que llaméis a Livia así: solo es mi madrastra».

Pero desde que tenía uso de razón, Julila nunca tuvo el valor de llevarle abiertamente la contraria a Livia. Siempre había preferido contradecir a su madre: era más sencillo, más natural, quizás, y en todo caso, estaba convencida, menos peligroso.

Tras el saludo, Julila levantó la vista, mientras frotaba ligeramente la parte interna de la piel de su muñeca y observaba a la madrastra de su progenitora.

A Livia le gustaba recibir visitas en aquel lugar que concebía como una metáfora de la vida. Tras ella, en un fresco de tonos rojos en la pared, se dibujaba el escenario de un teatro en el que destacaban, finamente dibujadas, unas máscaras de actores: un hombre y una mujer de mirada oscura y penetrante. Livia parecía sobrevolar la habitación desde el centro de aquel escenario figurado a sus espaldas. Sentada sobre su silla de cátedra observaba a quien entraba en el mismo espacio que ella ocupaba, del mismo modo que un depredador al acecho de su presa.

Julila, aunque apreciara a Livia, sentía que nunca había sabido desvelar el misterio que escondían aquellos ojos del color de la lluvia. Livia era, para muchos, un adversario al que temer, pero también una maestra de la que aprender. Dos caras pero una misma moneda que, es necesario aclarar, en aquel instante el destino ya había lanzado al aire.

—¡Querida! ¡Qué silenciosa! No te había escuchado llegar hasta que te anunciaron —exclamó Livia enderezando su espalda mientras se mantenía sentada en su habitual silla de cátedra de bronce con sus omnipresentes leones en los reposabrazos.

Siempre la misma silla, la misma rectitud en la postura de su cuerpo y la misma sonrisa replicada hasta el infinito, igual que uno de esos vasos de cerámica aretina reproducidos una y mil veces de forma idéntica por un mismo molde. Aquella sonrisa, tan propia de Livia estiraba sus finos labios siempre tensos. La mujer de Augusto dio unas palmadas enérgicas y las esclavas que la acompañaban hasta ese momento salieron. Tras el doble «clap» de aquel breve aplauso, el silencio se instaló, o así lo parecía, pesado para algunos, omnipresente y estrepitoso para otros. Cualquiera que observara la escena, habría notado aquel mutismo repentino y

también cómo los ojos de Livia se clavaban en los de su visitante.

Julila, en aquel día, percibía algo diferente en el aire: un ambiente más cargado, como si fuera observada con particular intensidad, y se sintió incómoda ante aquella mirada; ante esos grandes ojos grisáceos que escrutaban su alma en busca de cualquier grieta o fisura. Su escrutinio silencioso parecía tener el poder de traspasar la piel, la carne y los huesos para leer los pensamientos ajenos y sacarlos a la luz. Las dos máscaras teatrales, pintadas en el fresco de la habitación a espaldas de la esposa de Augusto, aparentaban sumarse a ella en aquella escena que se asemejaba a un desuello contemplativo. Julila se detuvo ante Livia del mismo modo que una estatua de piedra fijada al suelo por la mirada de la Medusa. La dama se levantó con calma y rodeó a la joven mujer, mientras mantenía sus ojos sobre ella. Sus pasos se escuchaban tras el golpeteo de sus zapatos sobre las teselas en blanco y negro del suelo, acompañándose con el latir del corazón de Julila.

Un latido, un paso; Livia se acercó.

Un latido, un movimiento; Livia le tomó la mano.

—Querida... —repitió en un tono ahora mucho menos elocuente, casi abochornado—, mi pequeña Julila. Sabes que siempre has sido mi favorita, ¿verdad? Tu abuelo no deja de hablar de tu hermana: Agripina por aquí, Agripina por allá... —Chasqueó su lengua—. Pero tú, mi pequeña, eres mucho más lista que ella.

Un latido.

Livia pasó el reverso de su mano por el rostro de la joven. El contacto de aquellos dedos, sutilmente arrugados por los casi cincuenta y siete años de vida de la matrona, erizó su vello.

—Tu abuelo... Ya debe de estar hablando con tus hermanos Lucio, Cayo y Agripina; quizás luego podrías

encargarte de hablar con Póstumo para que sepa la verdad, ¿sí? Es demasiado joven para lo que tengo que decirte —apretó la mano de Julila un instante, en un gesto que se quería empático— y no creo que tu abuelo tenga la calma suficiente para hacerle entender la gravedad de lo ocurrido a un niño como él. Lo harás por mí, ¿verdad, querida?

Julila afirmó con la cabeza. Parecía una esclava adiestrada en ese único menester que movía el cuello sin pensar. Su corazón latía en su pecho, desbocado, como un caballo salvaje huyendo de quien no ha sido capaz de domarlo.

—Julila, tú... —empezó a decir Livia.

—¿Y mi madre? —interrumpió la joven de súbito. Silencio.

Livia simplemente asintió, mientras el rictus de sus labios volvía a estirarse para formar una enigmática sonrisa.

JULILA

Roma, casa de Augusto en el Palatino. En el cuarto día antes de las calendas de octubre de DCCLII A.U.C.*

Hay muchas clases de sonrisas. Algunas expresan gracia, alegría o felicidad. Están las que susurran vergüenza, malicia, desprecio o falsedad. Otras, simplemente, hablan de compasión o paz; y están, incluso, algunas que contagian el miedo. El repertorio de Livia es quizás el más amplio que haya conocido. Ella sonríe mientras te halaga; sonríe, también, cuando asola tu mundo.

Siempre que algo terrible va a ocurrir, noto cómo los latidos de mi corazón resuenan en mi pecho y re-

* 28 de septiembre de 2 a. C.

botan contra mis costillas. Siento su eco en mi cabeza, mientras las palabras que me llegan parecen hacerlo atenuadas, como si su menor fuerza pudiera causarme menos daño. Cuando Livia me habló y reveló lo ocurrido con mi madre, sentí que el aire estaba cargado de un olor acre, una mezcla de tierra revuelta, ramas podridas y agua estancada. Me quedé recta. Parecía un palo rígido que, con un poco más de presión, hubiera podido romperse, mientras sentía un dolor cada vez más presente en la planta de mis pies.

Ella siguió mirándome a los ojos. Debió de entender, entonces, parte de lo mucho que pasaba por mi mente en aquel instante: no sabía todo lo que podía haber ocurrido y me preocupaba la amplitud de los hechos. Mi madre estaba viva, sí, pero al parecer no volvería a verla. Ni unas palabras, ni una carta de despedida, nada. Desde que tengo uso de razón siempre recuerdo a mamá hablando y hablando, riendo y volviendo a hablar. Y de repente solo quedaba un silencio impuesto entre nosotras. Un silencio que me parecía, en aquel instante, tan improbable como el hecho de que Livia se hubiera levantado para acariciar mi mejilla y abrazarme.

Livia me envolvió con sus brazos mientras devastaba mi mundo en aquella tarde de septiembre. Me envolvió con sus brazos mientras su lengua clavaba un puñal, hondo, tan profundo que tenía la sensación de que el aire ya no llegaba hasta mi pecho. Clavaba ese puñal figurado en forma de terribles noticias, pero ella estaba ahí. En la alegría y en la miseria Livia se hacía presente para apoyarme. Livia siempre estuvo para mí.

En un instante, el inocente se convirtió en culpable y yo creí en las palabras de Livia. Quise creerla: era más sencillo, más sensato también. Creí, porque era el camino más recto y liviano, el mejor pavimentado hacia

una conciencia limpia. Era más fácil creer que dudar. La convicción absoluta es irracional, pero más absurdo y, sobre todo, peligroso era dudar o siquiera poner en tela de juicio la verdad que había sido presentada ante mí. Mi mente se calló, mi sentido moral allanó el camino y no dudé: solo creí tomar una vía recta y transitada que me permitiría mantener mi vida intacta, a pesar de lo sucedido, sin hacer más preguntas.

Recuerdo que, al salir de las habitaciones de Livia, tenía la vista algo borrosa. Me detuve en la fuente que está en el patio porticado, frente a la gran puerta de roble que separa los dominios de Livia del resto de la casa. El portón resonó al cerrarse tras de mí. Me apoyé en el mármol, al borde de ese estanque en el que me gustaba mirarme cuando era pequeña. Estaba limpia, como un espejo, pero sentí el aroma rancio y agrio del agua estancada, podrida. La desorientación trepanaba mi sien con sus latidos y me quedé observando, obnubilada, cómo las gotas de lluvia formaban círculos concéntricos sobre la superficie del agua emborronando mi reflejo. Un círculo dentro de otro, como si uno se hubiera tragado al segundo y lo hubiera regurgitado.

Antropofagia del poder, canibalismo familiar, como unas fichas comiendo a otras y desapareciendo del tablero del juego de ladrones: una tras otra, hasta que solo queda una.

PUBLIO OVIDIO NASÓN

Roma. Cinco años después, abril de DCCLVII A.U.C.*

Como la ola es impulsada por otra a la que persigue, pasa el tiempo, vuela y sigue. Cinco años transcu-

* 4 d. C.

rieron desde que tu madre no está con nosotros, Julila. Lo que era antes, ya no es; lo que nunca fue, es ahora. Cinco años han pasado y estás aquí, delante de mí. Mucho hemos hablado últimamente, bella dama de piel nívea, pero te he visto llegar hoy con tu túnica sin ceñir, tu cabellera peinada en dos mitades cubriendo tu cuello en un rollo trenzado y, sin desearlo, invoqué a Mnemosina, la memoria y madre de las musas.

Tras saludarte, observé tu mirada: azul, pura pero opaca, igual que el agua del mar en Bayas tras el paso de Neptuno. Nunca es fácil leerte, pero alguien que bien te conoce, como hago yo, aún puede distinguir en ellos el rojo que hace poco los teñía; una segunda piel marcando las finas venas sanguíneas en el blanco de tu mirada encendida por las lágrimas. Veías rojo, Julila. Has llorado, más de lo que hubieras querido y deseado. Tus hermanos, Cayo y Lucio, los hijos de Apolo, han muerto. Has llorado y rogado, y no has sido la única, pues Roma entera suplicó y lloró ante las funestas noticias. Augusto se desesperó. Cual Sísifo debía volver a empezar a empujar una gran roca hasta la cima, ¿para verla de nuevo caer? Todo estaba preparado. El camino estaba marcado. Dos sucesores, dos césares, tus hermanos.

Y ahora, ¿qué?

Primero fue Lucio, hace dos años. Tenía tan solo diecinueve años cuando una enfermedad se lo llevó en Marsella. La cantidad de rumores inservibles que un hombre tiene que aguantar se mide conforme a su poder; pero en el caso de la familia de César Augusto –tu familia–, las habladurías son casi infinitas. Todo el mundo habla y nadie conoce la verdad. Mentiras y verdades se mezclan en una extraña danza. Se ocultan y descubren, un movimiento tras otro. El cómo y por qué se enlazan en los gestos y el qué se quiere expresar

con ellos, redundando en lo importante. En Roma, todo el mundo tiene intereses, pero nadie quiere mostrar su verdadero juego, como un borracho que lanza los dados y no quiere perderlo todo.

Sin embargo, el ruido se va extendiendo a medida que la gangrena pudre, poco a poco, lo que antes era sano, y enloquece a la víctima. Augusto había mostrado a tus hermanos, Cayo y Lucio, como sus propios hijos desde que eran unos niños; y el pueblo, siempre maleable en manos de un gran escultor, había aprendido a amarlos y admirarlos desde muy jóvenes. Eran los príncipes de la juventud, el futuro de Roma, su esperanza.

Cuando Cayo César partió a Oriente todos celebramos, yo el primero, sus futuras conquistas. No voy a negarlo, un poco de lisonjeo no mata a nadie: al contrario, otorga libertad a quien escribe en favor del que gobierna y se convierte en uno de los cinceles del escultor. Cayo se marchó y loé unas victorias que aún no eran tuyas contra los partos. Para todos, Cayo vengaría a Craso: era «el príncipe de los jóvenes destinado a ser el príncipe de los viejos». Debo admitir que, en parte, creía lo que escribía, pero nunca llegué a pensar que el destino pudiera olvidar que el sino del agua del Tíber es unirse con el mar. El destino de Cayo fue el mismo que el de su hermano menor pues, demasiado pronto, fue alcanzado por una flecha traicionera y asesina que lo enloqueció primero, pudriendo su cuerpo y su alma, para a la postre matarlo.

Y tú lloraste, Julila. Para todos, aquellas muertes, más allá de lo obvio, redundaban en la falta de pragmatismo de lo ocurrido, pues Augusto necesitaba empezar desde el principio, desandar el camino en el laberinto siguiendo la hebra del poder. Las alianzas se habían roto y el juego empezaba de nuevo. ¿Tiberio? ¿Póstumo?

Tú aún no eras capaz de pensar en nada de aquello, solo en tu dolor. Y no te lo puedo reprochar, aunque los buitres acechen. El dolor, cual castigo de las Furias, se cierne sobre la mente como la serpiente que aqueja a Laocoonte: ahoga a la razón con sus voraces vueltas y sume al alma en el caos de las sombras.

Roma, casa de Augusto en el Palatino. Un mes antes, marzo de DCCLVII A.U.C.*

Lo que ayer fue una certeza, mañana se convertirá en una sospecha, una sombra donde la verdad se oculta detrás de versiones que compiten entre sí. Y cuando la historia pasa de boca en boca, cuando se fragmenta entre testigos y rumores, ¿qué queda de la realidad? Solo lo que el relato decide conservar.

—Toma un poco de vino de Pucino, querida. Bebe —sugirió Livia mientras servía una copa a Julila, la nieta de su marido.

Ambas parecían estar a solas en sus habitaciones del Palatino. La ya anciana matrona, pues había alcanzado su sexta década de vida, ni siquiera había permitido la presencia de ningún esclavo y uno podía figurarse con claridad que era para que ambas pudieran hablar sin ningún impedimento.

—Ya lo decía Asclepiades de Prusa: nada supera el poder del vino bebido con moderación y te confesaré que ninguno es mejor que el de Pucino.

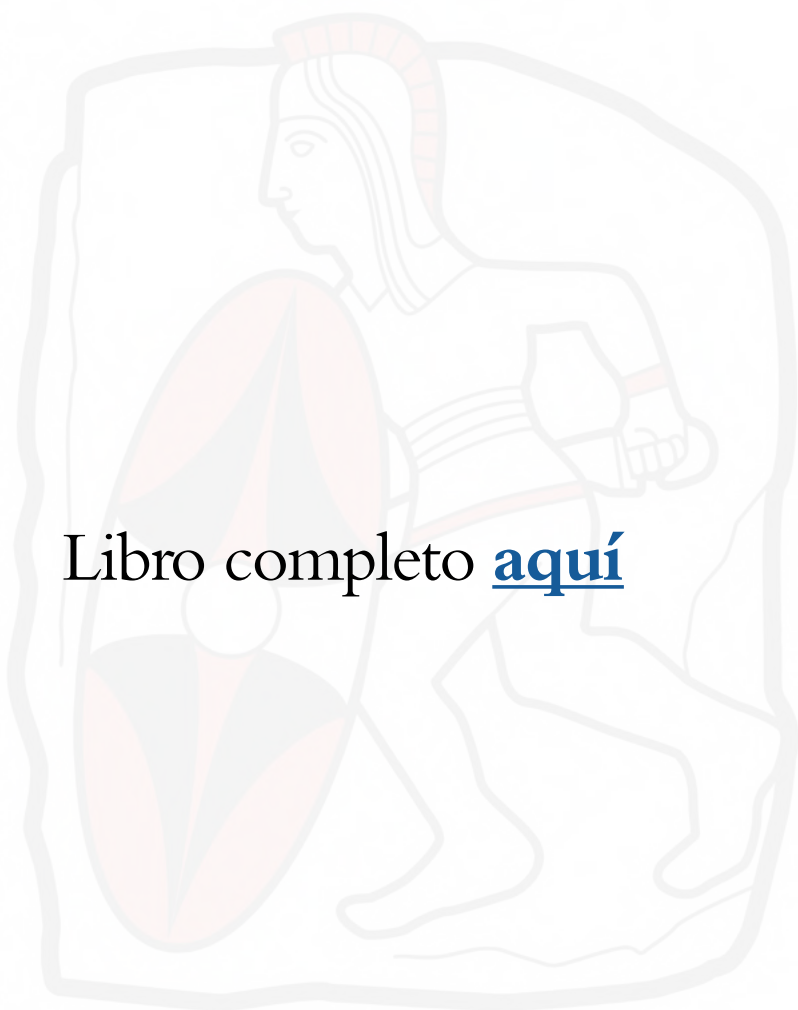
Una leve sonrisa, quizá bienintencionada, estiraba los finos labios de la mujer de Augusto mientras pronunciaba aquellas palabras. Cuando Julila acercó a su boca al vaso de vidrio traslúcido de finas costillas mol-

* 4 d. C.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Y entonces, como cuando acaba una obra de teatro, las máscaras se caen y somos lo que recordamos. Recuerdos».

Roma, principios del siglo I de nuestra era. Augusto, *princeps*, domina con mano férrea el Imperio, aunque mantenga la ficción de una República restaurada. Pero bajo la apariencia de una concordia que impulsa la recuperación de las viejas costumbres, late una represión que se cobrará víctimas incluso entre sus más allegados: su propia hija, Julia, acusada de adulterio, humillada públicamente y desterrada a un desolado islote del mar Tirreno. Años después, Julila, hija de Julia la Mayor y nieta de Augusto, indagará sobre lo que le ocurrió a su madre, para descubrir que la «historia oficial» que le contaron –a ella y a toda Roma– no es la verdad.

Con un estilo íntimo y una trama coral, Sandra Parente nos adentra con esta novela en el seno de la familia del primero de los emperadores romanos, envuelta en un clima de obediencia y de silencios impuestos a rajatabla, donde todos –Livia, Tiberio, Julia, el propio Augusto...– se esconden, como actores, tras sus máscaras. Julila, que pasará a la posteridad como Julia la Menor, ahondará en el drama que vivió su madre, la hija del César casada tres veces, mientras debe tomar decisiones para no ser, ella también, una víctima.

ISBN: 978-84-129847-0-5



9 788412 984705

P.V.P.: 25,95 €

NOVELA
HISTÓRICA